

La primera vez que mi abuela oyó la palabra fue de mi boca.

Estaba en su cama, que antes había sido mi cama, volando de fiebre y conectada a un aparato, cuya función entonces no sé si era monitorearla o preservarla con vida. Su cuerpo casi había desaparecido entre el colchón y las sábanas, y sólo su cabeza parecía flotar, enorme como un zapallo, en medio de la habitación. Seguros de que el final estaba cerca, mis padres la habían traído a casa a pasar sus últimos días. De mi familia, nadie más que yo pasaba tiempo con ella. Me instalaba durante horas a su lado, con la computadora, un libro o a ver televisión. Aprendí la dosis exacta de sus remedios, le llevaba la comida en bandeja o la ayudaba a ir al baño los días que tenía alguna fuerza para levantarse. El resto de los días, la mayoría, le colocaba la chata debajo del culo y cerraba los ojos para respetar su intimidad. Casi no hablábamos. Estar ahí era suficiente, la tranquilizaba.

Nunca, ni antes ni después, fue afectuosa conmigo ni yo con ella. Nadie me había exigido el sacrificio. Mamá me lo dijo: *Hay gente especialmente contratada para eso*. Pero en ese punto de mi vida, en que todo me parecía opaco y vacío, creía que ver morir a alguien me estremecería de algún modo.

Siempre pensé en mi abuela como una mujer simple, de opiniones mediocres, que amplificaba como un loro lo que escuchaba en el noticiero. Según ella, el único rastro memorable de su paso por el mundo eran sus tres hijos, que podrán

ser buenas personas, pero nunca fueron ni serán memorables, ni siquiera papá. En los últimos años, el rango de sus preocupaciones se había reducido hasta convertirse en un ser egoísta, ensimismado y estúpido. Sólo se interesaba en los actos o sentimientos de los demás si repercutían de alguna manera en ella.

*¿Me van a dejar sola? ¿Quién me va a dar de comer? ¿Y si me caigo?*

No voy a olvidarme nunca de esa tarde. Despegó la cabeza de la almohada y agarró fuerte mi mano. Era como si la cama estuviera moviéndose a mucha velocidad. Me miraba, sin reconocermé.

–Amelia –dijo–. ¿Qué está pasando?

–Abuba. Soy yo –dije–. ¿Quién es Amelia?

–Necesito que hagas algo por mí, querida.

–¿Qué cosa, Abuba?

Y entonces me pidió que le contara sobre algo nuevo, una cosa ajena y distinta, algo de lo que ella nunca hubiera oído hablar. Y aunque me perturbó que me confundiera con alguien, percibí un tono de desesperación en su pedido, una especie de última voluntad. Me quedé pensando un minuto o dos, sin soltarle la mano, que seguía rígida por el vértigo, y traté de imaginar un tema virgen para alguien como ella, que llevaba con vida ochenta y cinco años.

–Abuba, voy a hablarle acerca de Internet. ¿Sabe lo que es eso?

Ni mis hermanos ni mis primos ni yo la tuteábamos. No por respeto sino porque nos parecía imposible hablar de otro modo a alguien tan viejo.

–Abuba –insistí.

Tenía los ojos perdidos en el cielorraso, pero sus labios no dejaban de temblar o querer formar palabras. Y sin saber si me escuchaba o no, empecé a hablar del tema que había

elegido. Internet es... como el inconsciente colectivo, Abuba. Como si todos estuvieran conectados, con cables, pero no son cables en realidad, al mismo tiempo y en todas partes. ¿Entiende? Como si todas las enciclopedias y los libros del mundo, o los resúmenes de esos libros, estuvieran al alcance de la mano, con sólo tocar un botón. La memoria del mundo. Pero no hay libros. Ni una sola hoja. Ni papel. Sólo información, transformada en unos y ceros, viajando a la velocidad de la luz.

Me gustaba hablar así, con tono de leyenda. Era como explicarle a un fantasma de qué se trataba el futuro. Después pensé que mi explicación era demasiado abstracta y me puse a hablar de los nuevos hábitos, lo que había cambiado del mundo que ella conocía. Hablé del chat y las amistades, del cortejo y las nuevas formas de intimidad, de cómo mi prima Ana, su nieta boba, se había enamorado de su novio sin antes conocerlo. Hablé del final de las cartas y del probable final de la televisión. De las identidades falsas y de la falsa idea de libertad que da el anonimato. Uno puede ser o decir ser quien quiera ser, Abuba. Hablé de los virus y de los virales —que no son exactamente lo mismo, aunque funcionen igual—. De las celebridades instantáneas, como Edgar, el chico gordo mexicano, que se había caído en una zanja y ahora volvía a caerse una y otra vez, de mil maneras distintas. Ahora podemos comprar sin necesidad de billetes ni monedas, sin siquiera salir de casa. Dije Twitter, dije Tumblr, dije Android, dije Foursquare... Y mientras pronunciaba esos nombres pensé que para ella sonarían como estrellas nuevas o planetas recién descubiertos. Y entonces recordé muchos de los que ya se habían apagado, como ICQ, Napster o Altavista.

Dije esas y muchas otras cosas, desordenadas y sin sentido. Tenía la impresión de que si dejaba de hablar, ella moriría,

lo cual no me daba miedo ni tristeza pero quería ser fiel a su encargo. Inventé fechas y nombres, propuse etimologías, tiré estadísticas a la marchanta. El secreto estaba en no detenerme, en seguir hasta que mis padres llegasen o me ganara el sueño. Oscureció antes en la habitación que en la calle; vi la luz retirarse lentamente, como alguien que recoge la cola de un vestido. Me callé o mejor dicho: fui quedándome en silencio. En ningún momento supe si me había escuchado o no. Las intermitencias de su expresión se habían detenido y parecía que al fin descansaba.

Unos días después, cuando ya estábamos listos para el desenlace, se apareció en mi habitación. Yo entonces ocupaba la de servicio, minúscula junto al altillo. Llegó sola, sin ayuda de nadie, sosteniéndose de las paredes. *Un milagro*, según los médicos que la atendieron después. *Quiere vivir*, dijo el más joven. Blandía su estetoscopio como si tuviera la capacidad de auscultar almas. Es cierto que había recobrado peso y color, que la piel de sus brazos y de su cuello ya no era transparente y que los ojos habían perdido ese reflejo vidrioso que tienen los ojos de los muertos: ahora miraban otra vez. Era decepcionante. Yo no tenía nada contra ella, pero me parecía inconcebible, casi una burla, que se pudiera volver de una agonía como la que yo había atestiguado. Un día estaba muriéndose y después, otro día, ya no estaba muriéndose. Me pregunté cuántas unciones de los enfermos se daban antes de tiempo en el mundo católico.

—¿Qué pasa, Abuba?

Se sostenía del pomo de la puerta.

—Quiero que me enseñes eso que me contaste el otro día —dijo.

—¿Qué cosa, Abuba?

No me había olvidado, pero quise poner a prueba su lucidez.

—Eso —dijo, señalando el monitor—. La Int... La inter...

La punta de su lengua temblaba telegráficamente contra el paladar.

—¿La internet?

Cerró los ojos y asintió, desplegando una sonrisa sin dientes.

A esa edad, yo no sabía nada o no tenía ningún interés en nada. La misma palabra “nada” solía ser la respuesta a muchas preguntas que me hacían, justamente para no tener que pensar en nada. Pero es innegable que pasaba gran parte del día en Internet. En mi mente, la nada cobró de pronto la forma equivocada de un frasco vacío.

—OK, Abuba —dije.

Quizá fuera tiempo de llenar la nada de algún contenido.

El sábado siguiente me presentó a las que serían mis alumnas. Chela, Esther, Raquel y Lourdes. Las cuatro habían rebasado, igual que ella, la línea divisoria de los ochenta. Las cuatro eran viudas, vivían solas y estaban jubiladas desde hacía tanto tiempo que habían olvidado lo que era tener un hombre, trabajar y que cobraban su pensión del Estado. Estaban sentadas en el comedor de casa, festejando el regreso de la muerte de Abuba. Jugaban a la canasta tal como habían hecho cada sábado durante los últimos veinte años. El ritual incluía té con scones y una taza vacía en honor a las que ya no estaban. Sin dejar de repartirse las cartas, bebían, comían e intercambiaban sus opiniones sobre mí, a los gritos.

—¡Qué flacura, por el amor de Dios!

—Y ese pelo... ¿Se usa la gomina todavía?

—Es grasa, mirale los granitos.

—A mí me costó darme cuenta si era...

—¡Raquel! ¡Por favor!

Desde la cocina, mis padres espiaban nuestra reunión. Cada tanto, daban excusas para ir y venir. Supongo que además de divertirles la escena, veían con buenos ojos que ocupara mi tiempo en algo, que ganara un poco de plata. Estábamos al principio del verano, la secundaria había quedado por fin atrás y el mundo de los adultos se desplegaba como un interrogante. Yo sabía que estaban preocupados por mí y hubieran dado cualquier cosa por saber qué pasaba por mi cabeza. Mamá estaba siempre leyendo acerca de tribus urbanas. A cada oportunidad me preguntaba si yo era emo, dark, flogger o pokemon. Lo más inquietante, para ellos, no era que perteneciera a una, sino la imposibilidad de encasillarme.

En una pausa del juego, cuando ya se habían establecido las condiciones del servicio, empezamos a discutir mis honorarios. En realidad, eran ellas las que barajaban cantidades sin consultarme, invocando la miseria de sus jubilaciones. El contexto era feroz, mes a mes todo aumentaba: el taxi, la peluquería, el supermercado, los remedios. No querían decir quién, pero más de una sobrevivía gracias a la generosidad familiar. Por último, aclararon que mis clases no dejaban de ser un lujo prescindible. Como no se ponían de acuerdo, Abuba golpeó la mesa para interponer una pausa —las demás se callaron. Y propuso una cifra que promediaba las ofertas medias y bajas.

—Es lo más que podemos pagar —dijo.

Ya en la primera sesión entendí que enseñarles Internet implicaba arrancar desde mucho antes. Apenas tenían noción de lo que era una computadora. El televisor era la última tecnología que habían incorporado a sus vidas. Si conseguían hacer

funcionar una videocasetera o el microondas, era pulsando botones al azar. Para ellas, todo lo inventado a partir de los noventa era directamente ciencia ficción. Ese desapego por lo nuevo, además de conceptual e histórico era sensorial: nada les resultaba intuitivo. Me era imposible hacerles ver el mouse o el teclado como una extensión de los sentidos. Lo que yo hacía con mis manos de ningún modo se correspondía con lo que pasaba en el monitor. El cursor era un ser autónomo, probablemente mágico, como la cuña de una ouija.

Después de presentarles mi plan de estudios, con el que pretendí lucirme, Lourdes dijo:

—El futuro se aleja siempre de los viejos, pero nunca había ido tan lejos.

Las viejas aplaudieron la belleza o la capacidad de síntesis de la sentencia. Abrieron sus paraguas y fueron saliendo de casa en fila india. A medida que se alejaban me pareció que eran puntos suspensivos bajo la lluvia.

Mamá consintió encantada que convirtiera el escritorio en un salón de clases. Colaboró en la organización del espacio y me dejó que robara algunas sillas del comedor. Instalé mi computadora, usé dos tablas largas como escritorios y colgué un pizarrón olvidado en el desván. Creía clave usar todos los recursos pedagógicos a disposición. Preparé documentos APB, como le gustaba decir a Wally, que en este caso en realidad eran APV; y también láminas con gráficos y líneas de tiempo. Hasta desempolvé un viejo proyector de diapositivas con el que papá nos atormentaba de chicos.

Tres veces por semana, las viejas se sentaban a mis espaldas, en semicírculo, armadas con lapiceras y cuadernos. Sus preguntas eran como dardos al sentido común y las repetían con tanta regularidad que lo atribuí a un Alzheimer de corto plazo y rango específico. Cada vez que les contaba

sobre alguna supuesta innovación, ellas abrían enormes sus bocas y a mí me invadía el morbo por saber quién tenía su dentadura incompleta. En los escasos intervalos de silencio, cuando el ventilador empujaba sus alientos hasta mi nuca, me ponía a pensar en el olor de la muerte, que para mí tenía que ser semejante a ese olor de la última senectud. Me rodeaba y me transportaba a distintas atmósferas trágicas. A una sala de terapia intensiva, por ejemplo, donde lo único que se oye es el resoplido de esos bandoneones verticales que ventilan los pulmones de hombres en coma.

Que la mitad de los términos fuera en inglés, no hacía más que complicar las lecciones, porque ninguna era hábil con los idiomas. Raquel recordaba haber estudiado años de alemán en honor a su apellido materno. Lourdes había vivido incluso una temporada en París después de la guerra. Pero de aquellas experiencias no quedaba más que un archipiélago de palabras y frases sueltas.

Yo traducía para que todo empezara a tener un significado según su función.

–Word es palabra. Windows es ventanas. Facebook es el libro de las caras.

–¿Y Goguel? –preguntó Abuba.

–Gúguel –corregí–. G-o-o-g-l-e.

Yo creía que era un nombre inventado, pero en aquel momento dudé y me puse a buscar el origen de la palabra. Leí –intentando que no se dieran cuenta– que Google venía de la palabra gúgol y que había sido acuñada por Milton Sirotta, un chico de nueve años, sobrino del matemático Edward Kasner. En 1938, durante un paseo bajo los árboles de Palisades, Kasner le había preguntado a su sobrino qué nombre le pondría a un número muy grande, un uno seguido de cien ceros. Y entonces el pequeño Milton respondió: Gúgol. Era,



en definitiva, un nombre inventado, pero casi con la misma cantidad de años que ellas.

A Chela pareció fulminarla un recuerdo:

–No existe elemento en el universo con una cantidad tan grande como un gúgol: ni estrellas, ni partículas de polvo, ni siquiera átomos.

Abuba me persiguió después por toda la casa para contarme que Chela había tenido una carrera breve pero brillante como física, llegando incluso a ser discípula de Balseiro en Bariloche, antes de dejarlo todo por un hombre.

Al principio eran iguales. Las consideraba en grupo, con esa mirada general con que uno analiza un cardumen o una bandada de pájaros. Sus atributos son colectivos y su razón de ser las formaciones múltiples, con movimientos sincronizados, en las que ningún individuo resalta, como una migración de patos en forma de V o un banco de sardinas que de pronto evoluciona en un tornado. Yo no quería concentrarme en sus diferencias y trataba de no involucrarme cuando contaban sus historias.

Eran para mí apenas una fuente de ingresos y una manera elegante de sacarme a mis padres de encima. Pagaban en efectivo y por las noches contaba los billetes y los guardaba enrollados en una alcancía con forma de animal abstracto, a medio camino entre gato y cordero. Había sobrevivido a mis berrinches de infancia gracias a mi hermana, que me hizo creer que las monedas se multiplicaban en su interior, por causa de una digestión milagrosa. Con los años, la mentira se había convertido en cábala.

Estuve de acuerdo cuando expusieron la necesidad de tener computadora propia. No les alcanzaba con los diez minutos libres por clase. Las acompañé a Florida a un local de

electrónica de segunda mano, donde íbamos a elegir una para cada una, con excepción de Lourdes, que había heredado la suya de un nieto. Mientras inspeccionábamos los pasillos de aquel cementerio, me preguntaba por qué la última tecnología envejece peor. Todo parecía tan nuevo y viejo a la vez. Abuba se conformó con la primera PC que le mostraron, pero Raquel quiso elegir cada componente, como si estuviera decorando una casa. No le interesaban las comparaciones de procesadores ni memorias, simplemente se dejaba embelesar por la música futurista de las palabras. Motherboard representaba para ella el espíritu de una madre, sabia y protectora, residiendo en la oscura cavidad del CPU. En el mostrador, empezó la negociación fuerte con el encargado, que en vano quiso aclarar que él no estaba autorizado para hacer descuentos. Las viejas demandaban una rebaja sustancial y propusieron, sin estar familiarizadas con el concepto, una especie de leasing. Aseguraron que no les quedaba mucho tiempo por vivir, uno o dos años a lo sumo, y prometían devolver las computadoras a su muerte. Me propusieron como garante del contrato y querían que firmásemos un papel. Entre rabioso y divertido, el encargado terminó llamando al dueño por teléfono que nos concedió un quince por ciento por el total de la compra.

Lo que mi generación había demorado una década en absorber y capitalizar, ellas estaban haciéndolo en tiempo récord y esa velocidad producía toda clase de errores y malentendidos. Para mí era una fiesta volver a ver el mundo desde sus ojos viejos. Todo el tiempo me hacían reír, y entonces ellas también se reían, por ósmosis, sin saber en realidad por qué. A veces les explicaba los motivos de mi risa, pero no siempre, porque me gustaba administrarlos, como un pequeño poder. Y sin embargo, ahora que tenían sus computadoras, el progreso de las cinco era evidente.